



*La Novela Gráfica*

Nº 51

25 cts.

# EL ASALTO A LA CARAVANA

*por*

Wesley Barry y Marjorie Daw

# El asalto a la Caravana

Versión literaria de la película de igual título, basada en la novela norteamericana de Randall Barrish «Bot Hampton of Placer», magistralmente interpretada por el simpático artista



WESLEY BARRY  
(El chico de las pecas)

y la simpática estrella de la pantalla

MARJORIE DAW



Exclusiva:  
**L. GAUMONT**  
Paseo de Gracia, 66  
BARCELONA

## PRINCIPALES INTERPRETES

Natalia: Marjorie Daw  
La señora Guelmar: Carrie Clarke Ward  
La señora Herende: Loyola O'Conner  
Colasín: Wesley Barry  
Roque Gillis: Pierce Nagle  
Roberto Hampton: James Kirkwood  
Murfy: Frank Leigh  
Federico Slayin: Noah Beery  
Jonathan Wincop: Tom Gallery  
Producción: First National Atraction  
Dirección artística: Marshall A. Neilan

AÑO II MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES NÚM. 51

**LA NOVELA GRÁFICA**  
PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

*Redacción y Administración:*  
Rambla del Centro, 80, 1.<sup>o</sup>  
Teléf. 4856 A.—BARCELONA

*Talleres Gráficos propios*  
Bou de San Pedro, núm. 9  
Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA

**Sale los jueves**

## EL ASALTO A LA CARAVANA

### I

**E**N los lejanos días en que el belicoso territorio de Montana no estaba todavía pacificado, los pieles rojas, valiente y astutos, hollaban la hierba de las praderas pidiendo solamente se les permitiese vivir en sus tierras, amando como aman los hombres blancos, pero cazando como solamente saben cazar los indios. Pacificos aparentemente, esperaban sólo la ocasión propicia para rebelarse, heridos como se sentían en su patriotismo

por la usurpación de sus hermanos blancos, cuyas largas hileras de carros cortaban de vez en cuando aquella tierra, que ellos consideraban como suya propia.

Una caravana de viajeros cruzaba la región de Montana, procedente de Fuerte Bethune. Se dirigía a la pequeña ciudad de Glencaid y la guiaba Roque Gillis, explorador audaz en su juventud, pero que ahora, maltrecho y vencido por los años, se dedicaba a guiar expediciones a través de aquellos territorios, que conocía como la palma de la mano.

Natalia, una hermosa muchacha, hija adoptiva de Gillis, le acompañaba. Era una joven de facciones correctas y agradables, cuyo bondadoso y dulce carácter encantaba a cuantos la conocían.

Iban los carros a marcha lenta por la llanura, cuando un hombre de mediana edad y aspecto indefinible se cruzó en el camino, interpelando a Gillis, que iba con su hija en el primer carro.

—Roque, — le dijo —, ¿Me permite usted que me una a su caravana? Estamos muy cerca del territorio de los indios y es peligroso aventurarse solo por éstas llanuras.

—¡Sí, hombre! — contestó Gillis —, ¡No faltaba más!

—¿Quién es ese individuo? — interrogó Natalia en voz baja,

—Es Roberto Hampton, un jugador profesional que debe ir a Glencaid.

—¿Y le dejas subir? ¡Yo no quiero tratos con un hombre de esa calaña!

—¡Calla, mujer! En estas tierras hay que admitir la compañía de todo ser humano...

Hampton se había encaramado ya al vehículo. Procurando no estorbar a Gillis ni a la muchacha, se sentó sobre unos sacos, en el otro extremo del carro, y allí, contemplando las espirales que formaba el humo de un cigarrillo que acababa de encender, empezó a evocar, con dolorosa nostalgia, los episodios de su vida pasada, que ahora, en la apacible calma de la llanura, iban apareciendo poco a poco ante él, como una evocación...

Joven, muy joven, Roberto Nolan, que tal era el verdadero nombre del jugador, había ingresado en el ejército americano como voluntario, y su inteligencia, su voluntad y su esfuerzo le habían hecho alcanzar, al correr de los años, el grado de capitán.

Una noche, se daba un baile de etiqueta en casa del general Custer, que mandaba el regimiento donde servía Nolan. En un momento en que éste conversaba con otro oficial, el comandante Brant se acercó a su mujer y empezó a hablar con ella. Roberto dióse pronto cuenta de ello. Celoso como era, interpeló violentamente a su compañero de armas:

—Le tengo a usted dicho, Brant, que no quiero que haga usted objeto a mi mujer de sus atenciones.

—¡Es usted un celoso ridículo, mi querido Nolan! — contestó Brant, sin perder la serenidad—. ¡A cualquier hora iba yo a hacer caso de habladurías de cuartel!

Pero Nolan no se dió por satisfecho. Agrióse la discusión y los dos hombres salieron desafiados al jardín. Nolan era más fuerte que Brant y no tardó en dominar a su rival, agarrándole contra una ventana. Pero en aquel momento ocurrió una cosa inexplicable: Brant dió un grito agudo y cayó al suelo sin vida. En la espalda llevaba hundido hasta la empuñadura un cuchillo que acababa de clavarle una mano misteriosa, por el boquete de la ventana.

Todas las pruebas eran contra Nolan, que fué condenado a diez años de prisión por el Tribunal. Al verse la causa, tres o cuatro testigos, que no conocían ni de vista a los protagonistas del drama, aseguraron haber visto al capitán empuñar el arma homicida. Los jurados hubieron de contestar afirmativamente al veredicto.

Nolan fué condenado a diez años de cárcel. Al salir de presidio, cambió su nombre por el de Roberto Hampton y, siempre con la secreta esperanza de descubrir un día al misterio-

rioso asesino del comandante Brant, se dedicó a jugar a los prohibidos, funesto vicio por el que había adquirido afición durante su permanencia en presidio...



El teniente Brant atendió, solícito, a la joven

Y tras el juego iba Roberto Hampton en aquel momento, pues sabía que en Glencaid había una partida en la que se arriesgaban muchos miles de dólares...

II

**L**A caravana seguía su camino, haciendo alto al hacerse de noche, para reemprender el viaje así que empezaba a lucir la aurora. El final de la segunda jornada señalóse por la aparición, a lo lejos, de unas sombras sospechosas, seguramente indios que merodeaban por allí. Era de temer un próximo ataque y, por consiguiente, se hacía necesario montar la guardia durante la noche.

Roberto, en agradecimiento a haberle dejado unirse a la caravana, se ofreció a Gillis para vigilar. Empuñó un rifle, se ocultó tras un árbol y allí, a pie firme, se dispuso a pasar la noche.

Un bulto, que ágilmente se deslizaba entre la hierba, le llamó la atención.

—¡Eh! — gritó Roberto — ¿Quién va allá, tan lejos de los carros?

La silueta grácil de Natalia se recortó sobre el fondo negro del paisaje.

—A usted qué le importa? — respondió con tono seco y breve.

—No se moleste usted, señorita Natalia —

dijo Roberto Hampton. — Como estoy aquí vigilando en previsión de un posible ataque de los indios, quería asegurarme de quién era usted.

Los temores de Hampton no tardaron en verse confirmados. A la madrugada, los pieles rojas atacaron la caravana, asesinando a casi todos los viajeros. Roberto pudo, no obstante, refugiarse en las rocas, llevando con él a Natalia. Despues de varias horas de enconada lucha, un batallón del séptimo regimiento de la división del general Custer, que, noticioso del ataque de los indios había salido de Fuerte Bethune se acercó a aquellos lugares, logrando salvar de una muerte cierta al excapitán y a la hija adoptiva de Gillis. En cuanto a éste y a los demás individuos que formaban la expedición, las tropas gubernamentales no pudieron hacer otra cosa que recoger sus cadáveres y darles cristiana sepultura, pues los malvados pieles rojas los habían rematado a machetazos...

Carlos Mason, "sheriff" de Glencaid, y gran amigo de Roberto Hampton, a pesar de su fama de jugador, abrió la carta que acababa de darle un funcionario de la oficina postal. Decía así:

"Querido Mason: He tenido que marcharme de Fuerte Bethune y me dirijo a

Glencaid. He perdido de vista a Colasín, y lo siento, porque es un muchacho que va por mal camino. Se le ha metido en la cabeza ser cowboy, andar siempre con dos revólveres en el cinto, tirar al blanco y no aprender a leer ni a escribir, y a este paso, no será nunca nada. Si por un azar le viese usted, cójalo de una oreja y métalo en una escuela. Con ello le hará usted un gran bien y prestará un señalado servicio a su buen amigo

ROBERTO".

—¡Pobre Roberto! — murmuró Mason, que era un buen hombre—. Nada más le falta la plaga de Colasín. ¡Claro! Es huérfano, no tiene quien le ampare y se ha cogido de las orejas de Hampton, a quien admira como si fuera un genio... En fin, si le veo por allí, tendré que hacer lo que pueda...

### III

**E**l teniente Esteban Brant, el hijo del hombre cuya muerte misteriosa había sido la causa de la injusta condena

del capitán Nolan, fué, por un extraño capricho del azar, el primero que se acercó a Natalia para prodigarle el necesario socorro. Murfy, su ayudante, conocido en el regimien-



Natalia tenía que escuchar cada noche, durante dos horas, la lectura de la Santa Biblia

to por "el silencioso", porque raramente sus labios se desplegaban como no fuese para pronunciar algunas palabras, las indispensables

para el caso, fué el que se encargó de atender a Roberto Hampton.

Al levantar del suelo al herido, en los ojos de Murfy brilló una llama extraña, como si aquel hombre no fuera desconocido para él. Vendóle una herida que tenía, y, con ayuda de dos soldados, lo condujo al campamento.

Natalia, una vez que hubo dado las gracias al teniente Brant por haberla salvado de una muerte cierta, le recomendó atendiese cuanto pudiese a Roberto.

—Me ha defendido de los indios durante muchas horas, y, si no es por él—dijo—no hubiese usted encontrado aquí más que mi cadáver.

Dos días después, repuestos de la tremenda impresión sufrida, Roberto y Natalia se despedían del teniente Brant, expresándole su gratitud por todo cuanto había hecho en provecho suyo. Cuando Esteban estrechó entre las suyas las manecitas de Natalia, un hondo suspiro se escapó de su pecho. A buen seguro, el teniente hubiera preferido ir en pos de la muchacha, que quedarse en el séptimo regimiento. Pero Brant, pundonoroso militar, anteponía sus deberes a todo sentimiento...

El recuerdo de la muchacha mantúvose perenne en su cerebro... No se engañaba. Estaba perdidamente enamorado de ella. Tanto, que, ante el temor de que Hampton fuese un



Esteban y Natalia juraron amor eterno

estorbo para aquel amor, Esteban acudió a Jonathan Wincop, pastor del templo protestante que había llegado hacía poco tiempo a Glencaid.

—Necesitaba verle a usted para pedirle un favor. Hace pocos días se ha instalado en Glencaid un tal Roberto Hampton, jugador profesional según mis referencias, el cual lleva con él a una muchacha llamada Natalia. No creo que a esa joven le sea muy beneficiosa semejante compañía...

Atendiendo aquellas indicaciones, el reverendo se personó en casa de la señora Guelmar, propietaria de una casa de huéspedes, con honores de hotel, único establecimiento de aquella índole con que contaba Glencaid. Allí posaban Roberto y Natalia.

—El reverendo Jonathan Wincop, pastor del templo de esta ciudad, desea hablar con usted—dijo la señora Guelmar a la muchacha.

—Hable usted por mí, Roberto — contestó Natalia—. Me encuentro muy fatigada y tengo muy pocas ganas de hablar.

Hampton salió a recibir a Jonathan.

—Perdone usted que venga a molestar su atención—dijo Wincop—, pero puesto que la señorita Natalia no ha podido recibirmee, tengo que exponer a usted el objeto de mi visita. La gente murmura y halla muy censurable que usted vive con esa joven inocente... La

señora Herenden, una de mis mejores feligresas, está dispuesta a dar albergue en su casa a la señorita Gillis...

—No siga por ese camino, reverendo—contestó Hampton—. Diga usted a sus feligreses que se ocupen de sus asuntos, que yo cuidaré de los míos. He tenido un gran placer en saludarle...

Jonathan salió de la casa con el rabo entre piernas. Hampton acercóse a Natalia y le expuso, sin decirle lo que había contestado, las pretensiones del reverendo.

—Piense usted — terminó diciendo — que la señora Herenden puede ofrecerla algo de que yo carezco: un hogar tranquilo y reposado, y una protección decidida...

—Yo no quiero ir — repuso la joven—. Si usted se cansa de tenerme a su lado, viviré sola...

—De ninguna manera, Natalia. Yo la...

Iba a terminar la declaración de amor que hacía días pugnaba por brotar de sus labios, cuando su corazón se estremeció de sorpresa al ver un retrato esmaltado que pendía del cuello de la muchacha, engarzado en el dije de un collar...

—¿De quién es este retrato? — interrogó ansiosamente Roberto.

—De mi difunta madre...

Una angustia infinita estremeció el espíri-

tu de Hampton. Aquella muchacha ¡era su hija!

IV

**E**N la plaza pública de Glencaid estaban tirando al blanco varios vaqueros. Cada uno lucía como sabía, sus habilidades, cuando algunos de los circunstantes diéronse cuenta de que un muchacho de unos doce años, vestido de cowboy y con dos pistolas al cinto, les contemplaba con curiosidad.

—¡Vamos, Tobías — dijo uno de los tiradores al que en aquel momento ensayaba su puntería—, este chiquillo que nos mira es capaz de hacerlo mejor que tú!

—“Este chiquillo” — repuso el muchacho —, es capaz de hacerlo mejor que ninguno de ustedes. ¡Y si no, miren!

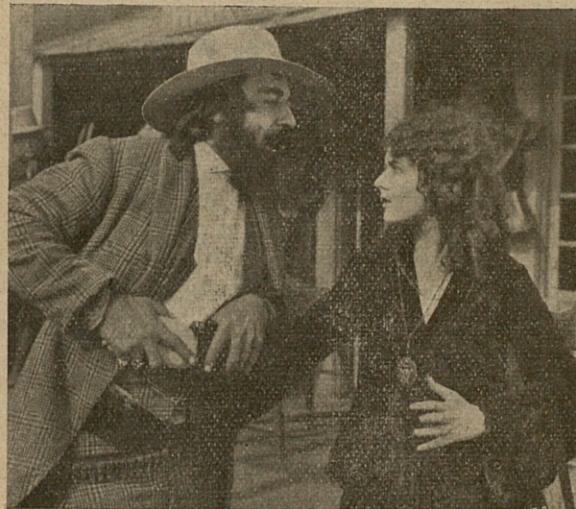
Y sacando uno de los dos revólveres que llevaba empezó a disparar, colocando, seguidas, doce balas en el blanco.

En aquel momento, una voz que conocía muy bien resonó a su lado.

—Pero, Colasín! ¿Ya te has vuelto a escapar del colegio?

Aquel hombre era Roberto Hampton.

—Sí, Roberto — repuso el muchacho—. Se murieron todos los discípulos de la viruela, el maestro también se fué al otro mundo, yo



—Tengo aquí documentos que harían imposible la continuación de sus relaciones amorosas con Brant—, dijo Slavin

cogí el caballo, pero se le rompió una pata por el camino, y aquí me tienes.

—Eres una calamidad por entregadas. En fin,

vente conmigo y veremos qué hago de ti, aunque dudo sea nada bueno...

Y Roberto llevóse a Colasín a casa de la señora Guelmar.

Natalia, después de una entrevista con Brant, en la que éste declaróle su amor, decidióse a seguir los consejos de Wincop, abandonando la compañía de Hampton y aceptando el ofrecimiento de la señora Hérenden. Roberto, al saberlo, encogióse de hombros, como si sintiera incapaz de resistir a la fatalidad de las circunstancias, y, después de cenar, dirigió sus pasos hacia el Salón Oriental, en cuyo local tenía noticias de que un tal Federico Slavin acaparaba la partida de juego.

Al entrar, Hampton vió a Slavin sosteniendo animada conversación con un personaje que no le era desconocido. Tratábase, justamente, del "silencioso Murfy", ayudante de Brant, que tan poderosamente había contribuido a su salvación. De escuchar Roberto aquella conversación, a buen seguro se hubiese enterado de cosas que le interesaban mucho.

—Nolan y Hampton son una misma persona, no lo dude usted — afirmaba el silencioso Murfy a Slavin—. Afortunadamente, no le ha de conocer, pues con la barba que usted lleva, está completamente transfigurado.

Hampton sentóse ante la mesa. Conocía muy bien el juego y pronto se dió cuenta de que se encontraba ante una partida de fulleros.

—Cuidado — dijo a Slavin—, que ese truco de sacar el pañuelo de bolsillo para enjugarse la boca después de beber y, de paso, meter entre la baraja la carta que tiene usted oculta, no está mal, pero ya es viejo.

La suerte, contra todas las marrullerías de los jugadores, favorecía a Roberto. Cuando terminó la partida, había ganado veinte mil dólares. Al ir a recoger las posturas, los jugadores se alzaron contra él.

—¡Alto! — gritó Hampton, sacándose un revólver del bolsillo—. ¡Al primero que se mueva le salto la tapa de los sesos!

Ante tan convincente argumento, los "puntos" cesaron todo intento de ataque. El ex capitán embolsó tranquilamente su dinero, y, cuando lo tuvo bien guardado, dijo con aire displicente:

—Y conste que esta noche han hecho ustedes tres trampas. En cambio, yo no he hecho más que una, que me ha valido los últimos cinco mil dólares... Que ustedes lo pasen bien...

Cuando regresó Roberto a la pensión comunicó la buena nueva a Colasín.

—¡He ganado una fortuna! — le dijo—.

Voy a mandarte a un colegio y enviaré un año a Natalia a Europa...

—¿Sabes qué puedes hacer? — contestó Colasín—. Ahorra el dinero del colegio y que ella se quede dos años en el viejo continente, en lugar de uno. A nosotros no nos conviene esa mujer... Las mujeres son para criar chiquillos y nosotros somos ya personas mayores...

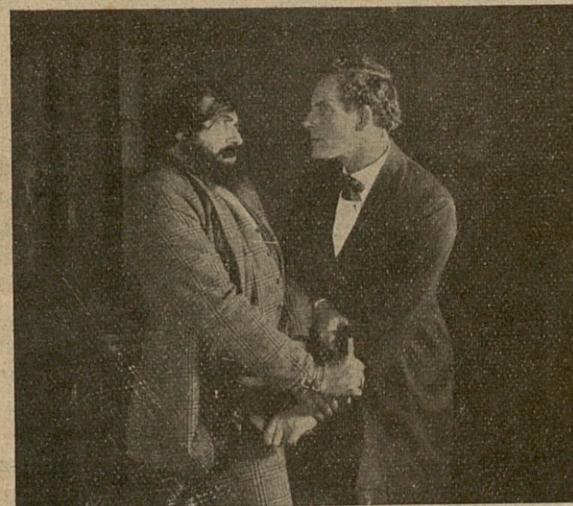
Y recalcó enfáticamente las últimas palabras.

Aquella misma tarde, Roberto experimentó una alegría. Natalia, en la imposibilidad de familiarizarse con el ambiente rígido y severo de casa de la señora Herender, que se pasaba tres horas cada noche leyéndole la Santa Biblia, había decidido huir y volver a la pensión en donde vivía el jugador...

## V

**E**l general Custer estaba preocupadísimo, acababa de recibir un mensaje en el que se le comunicaba la inminencia de un alzamiento de los pieles rojas, que estaban magníficamente armados y disponían de abun-

dantes municiones. Se había dado a los blancos la orden de desalojar varios puntos amenazados, en previsión de un ataque, y de refugiarse en Glencaid.



Roberto agarrotó las manos de Slavin

Roberto y Colasín, propietarios desde hacía pocos días de una mina en Rancho Negro, no se habían llevado allí a Natalia hasta que estuviese terminada una casita que debía construirse al pie del pozo principal, recibie-

ron órdenes de evacuar aquellos territorios y regresar a Glencaid.

Slavin, entretanto, no se resignava a la pérdida del dinero que Roberto le arrebatara en el juego. Sabedor de que Natalia estaba en posesión de una gran parte de él, fué a su encuentro.

—Sé que Hampton le dejó a usted una fuerte suma antes de irse a la mina — le dijo —. Si usted se niega a dármelo, yo diré al teniente Brant algo que imposibilitará sigan adelante las relaciones amorosas que usted sostiene con él... Algo en que están mezclados los nombres de ustedes dos y el de Roberto. Mire, aquí llevo datos...

Y Federico Slavin mostró, sin acabarlos de sacar del bolsillo, unos papeles que llevaba...

La joven no le hizo el menor caso, pero cuando Roberto regresó del Rancho Negro le contó lo ocurrido.

—¡Ahora voy a ver qué es esa amenaza! — exclamó Hampton, encaminándose inmediatamente al Salón Oriental.

Cuando llegó, Slavin estaba en la puerta.

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme qué amenazas son esas que ha proferido usted ante Natalia?

—¡Yo no tengo que darle a usted ninguna explicación! — contestó Federico.

—¡Ahora le conozco a usted! — gritó de

pronto Roberto—. ¡Usted fué quien dijo que había visto el cuchillo en mis manos! ¡Cana-lla! ¡Bandido!

Slavin fué a sacarse un revólver, pero Roberto le agarrotó las manos. La lucha fué rápida. Hampton redujo pronto a la impotencia a su enemigo...

—¡No dispare, Hampton — gritó Slavin, al verse perdido—, que yo le diré quién es el asesino de Brant! ¡Es Murfy!

Casi no tuvo tiempo de acabar. Palideció intensamente y cayó pesadamente al suelo. Acababa de repetirse el misterio de la muerte de Brant. Por una ventana próxima al lugar del suceso, una mano había asestado una puñalada al jugador. Roberto se arrodilló ante el cadáver y le sacó el cuchillo.

Cuando Mason, el "sheriff" de Glencaid, acudió al Salón Oriental, Hampton mostróle el revólver de Slavin y el cuchillo de Murfy.

—¡Le juro a usted que no llevaba un arma encima! ¡No me detenga hasta que yo pesque a ese bandido de Murfy!

Natalia, al saber lo ocurrido, marchó en seguida al encuentro de Roberto.

—Tengo que marcharme en seguida en persecución de un asesino — dijo el ex capitán a la muchacha—. Sólo le pido una cosa: que no se comprometa con Brant hasta que yo

vuelva y tenga ocasión de explicarle algo que ha de interesar a ustedes dos sobremanera.

## VI

**T**RES días duró la persecución de Murfy. Al fin, Roberto le capturó en las cercanías del arroyo de Cuerno Grande, en pleno territorio indio.

—Va usted a ser condenado por dos asesinatos, Murfy: el del comandante Brant y el de Slavin. Ahora me guiará usted hasta el campamento del general Custer, y allí confesará sus crímenes para que pueda yo quedar rehabilitado.

Murfy, viéndose perdido, acabó por conformarse a las pretensiones de Hampton. Inmediatamente, los dos hombres emprendieron el regreso hacia Glencaid. Tras muchas horas de camino, sin comer ni dormir apenas, los dos hombres llegaron al campamento del general Reno, segundo de Custer, y en el cual estaba refugiado el séptimo regimiento de infantería.

Allí se encontró sorprendido por la presencia de Colasín, que, sabiendo en peligro a su amigo, había querido acudir en su ayuda.

—Traigo connigo a este hombre, que se

confiesa autor de dos asesinatos — dijo Roberto Hampton —, y, además, estos despachos que llevaba con él para el general Custer.

—Yo los haré seguir — contestó Reno.



Hampton mostraba el cuchillo de Murfy y el revólver de Federico Slavin

—De ninguna manera, mi general. He recorrido con ellos doscientas millas y tengo derecho a llevarlos personalmente a su destina-

tario. En cuanto a este canalla, hagan ustedes con él lo que quieran.

La sorpresa de Brant al escuchar la confesión de Murfy y conocer la verdadera identidad de Roberto Hampton, fué extraordinaria. Con ello quedaba explicada la resistencia de Natalia a comprometerse con él, antes de que su protector regresara de la peligrosa misión que le había llegado al territorio indio.

El consejo de guerra contra el infame Murfy era inminente, pero se retrasó su celebración en atención a los graves acontecimientos que se avecinaban.

En efecto, la nerviosidad entre los indios era cada vez mayor y empezaban a llegar noticias de que las fuerzas de Custer habían sufrido los primeros ataques enemigos.

Despreciando el peligro, Roberto y Colasín se encaminaron hacia el lugar del combate, para hacer entrega al general de los documentos hallados a Murfy.

Cuando, después de haber sorteado mil peligros, Hampton pudo llegar hasta allí, Custer estrechó la mano del excapitán.

—El servicio que acaba usted de prestarme tiene una gran importancia — contestó —. ¿Cómo puedo pagárselo?

—Permitiéndome que combata en sus filas.

—Es imposible, Nolan — contestó el general —. Las leyes militares son muy severas.

Usted fué expulsado del ejército, y no puede, por consiguiente, reingresar en él hasta que un nuevo Tribunal pronuncie su rehabilitación. Pero, puesto que siente usted deseos de volver a servir a su patria en estos momentos graves, puede usted batirse como hombre civil.

La situación empeoraba por momentos. Los pieles rojas, muy bien armados, atacaban en filas cerradas. Con la esperanza de que Reno pudiese auxiliarle, Custer hizo desmontar a sus hombres y envió a su lugarteniente un mensaje urgente por un soldado que se prestó a exponer su vida,

“Venga usted en seguida — decía el mensaje —. No podemos resistir más.”

## VII

**E**N el campo de Reno, la desorientación reinaba y la oficialidad empezaba a mostrarse descontenta.

El general, hombre pusilánime e irresoluto, no se atrevía a dar la orden de avance a sus soldados para auxiliar a Custer, que, faltó de tal ayuda estaba irremisiblemente perdido.

El propio Brant, viendo la catástrofe que se avecinaba, se atrevió a insinuar al general la necesidad de tomar una decisión.

—Recuerde usted su graduación — contestóle secamente — y límítese a obedecer.

Los oficiales de Reno se reunieron aquella misma mañana.

—La prudencia de Reno — dijo uno de los más exaltados —, se aproxima mucho a la cobardía. Si yo fuera de él, daría inmediatamente la orden de avance y libertaría a las fuerzas de Custer, mientras que, separados como estamos, no sólo dejamos a nuestros compañeros en la mayor indefensión, sino que corremos nosotros mismos peligro de que, después de destrozada la columna, nos aniquilen a nosotros.

—Tiene usted razón — contestó Brant, que asistía a la reunión —. Pero somos subordinados y hemos de obedecer.

Al día siguiente la situación seguía peor y el peligro se hacía inminente.

Los pieles rojas habían destrozado el cuadro que Custer hiciera formar, al ver comprometida gravemente la situación de sus fuerzas. Aunque las tropas hicieran prodigios de arrojo y valentía, todo era inútil. Roberto y Colasín, revólver en mano, no cesaban de disparar, mas en vano. El enemigo era muy superior en número y no había manera de re-



Una descarga había alcanzado a los dos inseparables compañeros

sistir. De pronto, una descarga cerrada, procedente del campo indio, resonó en el espacio. El excapitán, cuando veía a punto de realizarse su rehabilitación, cayó al suelo mortalmente herido. Colasín, el heroico muchacho, alcanzado también por las balas, rodó inerte, abrazado con su amigo.

Entretanto, las tropas de Reno se habían sublevado contra su jefe, y llevando al frente a Brant, avanzaban en socorro de Custer.

Pero era demasiado tarde.

Cuando llegaron al campamento, la batalla había terminado ya. Los pocos hombres que se habían salvado, debían su vida a la fuga. Brant reconoció, sobre un montón de cadáveres, los cuerpos exánimes de Colasín y del capitán Nolan. En uno de los bolsillos de la guerrera que llevaba puesta este último halló una carta en cuyo sobre estaban escritas las siguientes palabras:

"A la señorita Natalia Gillis - Glencaid, Montana. Para serle entregada después de mi muerte".

Brant no vaciló. Aquel sobre contenía el secreto que el pobre Roberto no había revelado a su protegida. Rompiólo y leyó:

"Querida Natalia: Descubrí que eras mi hi-

ja cuando vi el retrato de tu madre en el dije que llevabas colgado al cuello aquella mañana en la pensión de la señora Guelmar. Callé, esperando que un día podría rehabilitar mi nombre y poderte confesar la verdad sin que hubieses de avergonzarte de mi pasado. Pero la suerte no lo ha querido así, y voy a morir a manos de los indios seguramente dentro de pocas horas, pues estamos cercados y las tropas de socorro no vienen. Sólo una cosa te pido: que no te cases con el teniente Brant hasta que se haya demostrado que yo no fuí el autor del asesinato de su padre. Es mi última voluntad, que tú respetarás, porque eres buena.

Que Dios te haga feliz. Tu padre

ROBERTO NOLAN"

## VIII

**E**L gesto de insubordinación del teniente Brant no fué castigado. Al contrario.

La noticia de haber sido aniquilada la columna del general Custer causó gran emoción en las esferas oficiales y Reno fué pasa-

E. 19-2-618

do a la reserva antes de tiempo, no castigándosele más severamente en atención a los años que servía en el ejército.

Esteban Brant fué puesto al frente de las tropas que debían perseguir a los pieles rojas hasta sus guaridas. La campaña fué tan brillante como corta, y Brant ascendió, en pocos meses, a comandante.

Con la pacificación de la región de Montaña coincidió el casamiento del joven militar con Natalia Nolan. La boda del joven héroe tuvo gran resonancia y la prensa dedicó largos artículos en loor del jefe de la sublevación contra Reno.

Cuando terminó la ceremonia, Natalia y Esteban se dirigieron al cementerio de Glencaid, en donde reposaban los cuerpos de Roberto y de Colasín, y ante sus tumbas depositaron dos grandes ramos de flores.

Natalia se arrodilló y entonó una oración... Esteban, entretanto, se inclinaba sobre la tumba.

—La vida los separó muchas veces — dijo la esposa de Esteban—. Siempre se buscaron, porque no podían vivir el uno sin el otro... Ahora ya no se separarán jamás...

FIN

Insep dama a las  
8 atividare que miras a  
cal Y<sup>r</sup> Peret am an Traenai  
ou ya tu pagare ve

